

Una voz que acompaña.

Fernández, Yamila Paola y Echezuri, Lucía.

Cita:

Fernández, Yamila Paola y Echezuri, Lucía (2021). *Una voz que acompaña. Segunda Jornada Anual. Equipo Construyendo Lazos, Ciudad Autónoma de Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/luciaechezuri/13>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/phvQ/tPy>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Una voz que acompaña

*"la voz no sólo no es la palabra, sino que
no es nada del hablar"*

Jacques Alain Miller

Por Yamila Fernández y Lucía Echezuri

Desde antes incluso del momento del nacimiento, la voz va dejando huellas en nuestra constitución subjetiva¹. Kenneth Bruscia (1991), cuando habla del “*ambiente sostenedor*” del útero, menciona tres fuentes de vibración: la primera, el latido cardíaco de la madre y el del propio bebé; la segunda, la proveniente del cordón umbilical, que lleva la alimentación al feto a intervalos periódicos estables, rítmicos; la tercera son los ruidos externos que hacen vibrar todo el líquido amniótico, que incluyen la voz y órganos internos de la madre, y las voces externas a su cuerpo. Las distintas alturas de los sonidos se traducen en vibraciones del líquido más rápidas o más lentas. Ritmo y altura tonal se vuelven fundamentales para la percepción del ambiente físico sostenedor.

Luego de nacer² la voz se constituye en el puente entre el bebé y el mundo que lo rodea, da forma y manifiesta estados internos. Aunque los sonidos vocales son enteramente resultantes de reflejos (Bruscia, 1991), las cualidades vocales, como la intensidad, duración, timbre altura, matices, son las que transmiten afectos e intenciones (Vidal Moro, 2008), la voz permite al bebé satisfacer necesidades básicas y convocar a su alrededor a las demás personas. Más adelante, a partir de los dos meses de edad, cuando el sentido del sí mismo y de los otros del bebé ya está más formado, la voz se utiliza para expresar intenciones, estados emocionales y focos de atención, pudiendo compartir todo esto con otro. Ya no es una cuestión refleja sino que, al percibir el bebé que hay “otras mentes”, susceptibles de experimentar estados internos diferentes a los de él, comienza a querer compartir los propios y sentirse validado. Con la aparición del lenguaje verbal la voz queda supeditada a ser soporte del símbolo, los aspectos analógicos de la voz retroceden frente al avance del habla y, aunque jamás se

¹De Casper y Fifer (1980, en Stern, 1991) y Lipsitt (1984, en Stern, 1991) realizaron pruebas exitosas en bebés recién nacidos de reconocimiento de sonidos escuchados durante el último trimestre de embarazo e inmediatamente antes del parto.

²Tomamos la conceptualización Daniel Stern (1991), quien da por sentado el hecho de que existen sentidos del sí mismo desde antes de la aparición del lenguaje verbal. El bebé pasa por cuatro etapas del sentido del sí mismo: sentido del sí mismo emergente, nuclear, subjetivo y verbal. Ninguna etapa elimina a la anterior, sino que todas coexisten a medida que la persona se desarrolla.

pierdan, quedan relegados y por fuera de nuestra vivencia consciente de la comunicación.

Existen entonces, a priori y para los fines de este trabajo, dos formas de comunicarnos vocalmente: a través de sus cualidades sonoras, y como soporte material de la palabra.

El decreto del ASPO tuvo como consecuencia, entre otras cosas, que se limitara el contacto físico entre acompañantes y acompañados. Al suspenderse los encuentros presenciales hubo que reorganizar los dispositivos de forma que no implicaran la presencia física, y las llamadas telefónicas y videollamadas surgieron como opción para mantener vivos los lazos.

La implementación de la llamada al inicio del aislamiento estuvo dirigida a mantener un contacto con quienes acompañamos, por lo tanto no era concebida de la manera en la cual hoy ubicamos su uso, como una modalidad de acompañar en sí misma. Hoy entendemos que el acompañamiento se sostiene a través de la llamada, y los cuerpos que se encuentran son voces.

Llamar implica que haya otro que espera, que existe una apuesta a seguir acompañando (y ser acompañado) ¿El acto de acompañar queda reducido a un encuentro real de dos que comparten una acción en común? Desde este equipo sostenemos una ética en la que que acompañar no se reduce a un *medio* sino a una *intencionalidad*: la de estar ahí.

La presencia desde la perspectiva de Beltrán (2020) “tiene que ver con garantizar un lugar, y eso puede darse con una presencia física o virtual”. Desde los primeros momentos de la constitución subjetiva el sujeto está allí a la espera de otro que lo aloje, le dé un lugar. El llamado de la madre/otro es lo que subjetiviza, lo que arma un espacio. La voz, entonces, guarda esta potencia entre la sonoridad y la intencionalidad. Para el psicoanálisis la voz, al estar fuera de la lógica de la castración, tiene una potencia, la potencia que le otorga formar parte de la constitución subjetiva del infans³.

¿Qué es lo que sostiene un llamado? En una primera aproximación, una intención y, como sustancia, la voz.

El uso de la voz que prevalecía anteriormente era el comunicativo, el medio por el cual circula la palabra, tal vez porque durante la época de acompañamientos presenciales los encuentros se organizaban en torno a un *hacer*, a alguna actividad concreta, y el uso de la voz era más bien pragmático, utilitario. Ahora, a través de la experiencia de acompañar en esta nueva modalidad, los primeros interrogantes que

³ Jorge Alemán lee la potencia del objeto voz en no estar sujeto a la lógica del intercambio fálico dar/recibir, por lo tanto no se puede capturar en materialidad.

surgieron fueron *para qué* usar la voz, *sobre qué hablar*, *de qué manera* acompañar desde una llamada telefónica. Las respuestas que surgían giraban en torno a la *presencia*, las llamadas permitían que la voz se hiciera presente. Sostenemos que la voz es cuerpo, sonoridad que resuena. Entonces, una voz presente implica, de alguna forma, un cuerpo presente. Para Derrida la voz forma parte de la *metafísica de la presencia*⁴. El filósofo concibe a la voz como esa marca fundamental de la presencia de uno; es sólo a través de la voz como nos llega la presencia, nos llega la conciencia. Quién no ha sentido calma en un momento de desamparo al escuchar una voz familiar, una voz que calme: la voz como la marca de la presencia del otro.

Daniel Stern (1991) realiza una diferenciación entre “comunicación” y “comunidad”. La comunicación implica un intercambio de ideas “para modificar el sistema de creencias o acciones del otro”, mientras que la comunidad “significa compartir la experiencia del otro sin ningún intento de modificar lo que esa persona está haciendo o creyendo”. Un elemento fundamental para estar en comunidad es el “entonamiento afectivo”, que consiste en la “ejecución de conductas que expresan el carácter del sentimiento de un estado afectivo compartido, sin imitar la expresión conductual exacta del estado interior”⁵. Que las llamadas telefónicas se hayan convertido en la estructura del dispositivo implicó que el lazo tuviera que sustentarse en la conversación. Y tal vez, por la frecuencia de las llamadas, no había tanto para *comunicar*. Entonces, naturalmente, la voz volvió a adquirir esa función de comunidad, función que todos vivenciamos por haber sido bebés y haber experimentado las cualidades sonoras de la voz por sí mismas. Hablamos para estar con el otro, para que sienta nuestra presencia, como cuando la madre acuna al bebé y lo baña sonoramente⁶ diciendo cosas como “a dormir...”, “ese es mi bebé...”. Hablamos para que los afectos vitales⁷ puedan entonarse, para que algo de la experiencia interna, de lo que se está sintiendo, pueda entrar en comunidad.

⁴ La voz para Derrida es algo que está presente para que se produzca la cadena significativa. El autor habla de fonologocentrismo para dar cuenta que hay una historia que atraviesa todo occidente, la historia de la presencia, de tomar todo desde la presencia. En esto la voz muestra la presencia más radical.

⁵ El entonamiento afectivo es la modalidad prevalente de relacionamiento intersubjetivo durante el estadio del sentido del sí mismo subjetivo, el inmediatamente anterior al sentido del sí mismo verbal.

⁶ El “baño sonoro” es un concepto introducido por Edith Lecourt, en referencia al “sostén” de D. Winnicott, para describir las experiencias sonoro-musicales de la infancia que tienen la cualidad del cuidado y del sostén, como las canciones de cuna o los arrullos.

⁷ Los afectos vitales son aquellas cualidades cinéticas que trascienden a todos los afectos categoría (felicidad, enojo, sorpresa, etc.), tales como “agitación”, “crescendo”, “desvanecimiento”, “fugacidad”, “estallido”. Tanto la sorpresa como un ataque de ira pueden vivenciarse como “explosivos”, los afectos de la vitalidad están presentes en todas nuestras conductas y formas de sentir.

En este sentido nos proponemos transmitir nuestra experiencia en este uso de la voz en la continuidad de los acompañamientos en los tiempos de Covid-19. La voz como un soporte que afirma una presencia, y la voz como la continuidad de la experiencia del encuentro.

Viñeta G

G es un paciente que vive en una institución de “puertas abiertas”. El dispositivo de acompañamiento se instaló con la intención de crear un lazo con la comunidad. Poco a poco G pudo asistir a un taller de coro donde, mediante el at, pudo armar un lazo con los otros. Al decretarse el ASPO su asistencia a espacios de pertenencia quedó interrumpida. Las dificultades en su manejo con la tecnología también lo fueron dejando por fuera de los posibles espacios virtuales ¿Cuál fue la apuesta allí? La llamada. Al principio la misma fue inesperada, no se sabía qué sentido tenía que lo llamen si no había algo para hacer. A su vez también el cuerpo del AT, que era lo que mediaba para que el otro no fuera intrusivo en el lazo, ya no estaba allí. Entonces, cuando se lo llamaba quedaba capturado por esas otras voces que parecían inmiscuirse de modo paranoide en la llamada, y la voz del AT no parecía bastar para que ese espacio pueda ser tolerado. De todas maneras las llamadas continuaron como una invitación a que él pueda apropiarse de ese encuentro, proponiendo una manera de acompañar distinta, donde la voz ofrecía otro modo de la presencia. Las intervenciones eran desde la voz, buscando captar y oficiar, aunque sea de manera lábil, un soporte que permita que se apropie de ese espacio que se le estaba ofreciendo. Así también, debido a una dificultad en el habla no se podía llegar a un entendimiento en algunos acompañamientos, la voz era un cuerpo resonante sin llegar a la comunicación en sí misma. En esas idas y venidas, en los encuentros y desencuentros, un día inesperadamente G comenzó a cantar una canción, la AT continuó la letra de esa estrofa que evocaba sus días en la plaza. El nuevo encuentro. El efecto fue de total júbilo para G, como si reconociera su propia voz ahí. Ese espacio era suyo. Las llamadas tenían un componente nuevo de aquello viejo que había conformado el lazo entre ellos: el taller de música. La música que era la excusa para acompañar fue abriendo en los llamados el espacio para que G pueda hablar de otras cosas. A su vez, él encuentra un placer distinto en cantar, en el uso de la voz cantada, que no tiene que ver con una transmisión de algo, sino con el disfrute de la experiencia que se produce en el acompañamiento. Cantar es también la marca de la historia del dispositivo, y en particular de los encuentros con él, que cante en la traza de un encuentro con la acompañante.

REFERENCIAS

- Alemán, J. (2008) "La voz", Consecuencias, Revista digital de psicoanálisis, arte y pensamiento. Consultado en: <http://www.revconsecuencias.com.ar/ediciones/001/template.php?file=arts/derivaciones/aleman.html>, Bs. As., abril
- Beltrán, M. (2020) La voz y el cuerpo, psicoanálisis en cuarentena. Lalengua revista digital. Consultado en: <http://lalengua.com.ar/la-voz-y-el-cuerpo-psicoanalisis-en-cuarentena/>
- Bruscia, K. (1991) Orígenes musicales: fundamentos del desarrollo para la terapia. Material de Cátedra Musicoterapia I, Lic. Marcos Vidret.
- Derrida, Jacques (1986) De la Gramatología. Siglo Veintiuno Editores. México D.F
- Stern, D. (1991) El mundo interpersonal del infante. Buenos Aires: Paidós.
- Vidal Moro, M. (2008) La importancia de la voz en musicoterapia. Presentación para el Congreso ASAM 2011